

027. Séptimo Domingo Pascua C - Juan 17,20-26.

Es una lástima que el Evangelio de hoy pase desapercibido por no celebrarse normalmente este Domingo séptimo después de Pascua, sustituido por la solemnidad de la Ascensión. Vale la pena reasumirlo otro día en nuestras charlas, porque contiene unas lecciones de vida cristiana insuperables.

Lo encuadra la última palabra del Apocalipsis, en la segunda lectura, cuando la Iglesia grita casi loca de enamoramiento a su Esposo adorado:

- *¡Ven, Señor Jesús!... ¡Ven, que no puedo pasar sin ti! ¡Ven, que sólo en ti tengo mi felicidad! ¡Ven, para estar siempre juntos y no separarnos jamás!...*

Este sentimiento se lo ha metido a la Iglesia el mismo Jesús en su plegaria al Padre poco antes de partir para la pasión y la muerte:

- *¡Padre! Quiero que aquellos que tú me has dado estén conmigo donde yo estoy para que contemplen mi gloria, esa gloria que tú me diste, antes de que el mundo fuera creado, porque tú me amabas.*

Estas palabras nos descubren todo un mundo de maravillas divinas que sobrepasan nuestra imaginación.

Nos sepultan en la eternidad de Dios, cuando no existía nada, cuando el Padre engendraba a su Hijo y le comunicaba toda su vida divina.

Vemos en ella cómo el Espíritu Santo unía con un amor infinito, intenso, ardentísimo al Padre y al Hijo, haciendo en el amor inmensamente felices a las Personas Divinas.

¿Qué pasó después?...

El Hijo se hizo hombre.

Fue uno como nosotros.

Trabajó, se fatigó y sufrió como cualquiera de sus hermanos los hombres.

Ahora, al decirnos las palabras de este Evangelio, estaba a punto de ir a una pasión y de una muerte atroces.

Por eso, cuando las escuchamos, nos preguntamos: ¿Dónde quedaba aquella gloria primera? No quedaba ni rastro de la misma...

Sin embargo, Jesús sabe que Dios su Padre lo ama, que es una sola cosa con Él, y que su Padre le va a dar cuando resucite aquella gloria que antes tenía.

Jesús, el hombre Jesús, va a gozar la misma gloria de Dios, la va a tener como Dios y como hombre. Pero no la quiere sólo para sí. La quiere para todos nosotros.

- *¡Quiero que estén conmigo, allí donde yo esté, todos aquellos que Tú, Padre, me has dado!...*

Jesús ha metido en nosotros, primero, la *vida* de Dios.

Después, quiere meter, y meterá, su misma *gloria*.

Con esto nos dice que nuestro destino no está en este mundo más que de una manera provisional. Aquí trabajamos, aquí merecemos, aquí ganamos el jornal, pero el descanso no lo tenemos aquí.

El mundo que Dios nos da es bello y lo podemos disfrutar, pero es una equivocación perder de vista el mundo que nos espera.

Y este es el error de nuestros días.

En la sociedad de consumo y de bienestar se nos pone delante una mesa espléndida. No nos contentamos con tomar lo necesario, sino que queremos probar todo, consumir todo, hartarnos de todo. Pero nuestra capacidad tiene un límite, y llega un momento en que ya no podemos más. El apetito, entonces, se convierte en hastío, en aburrimiento, en un *no puedo más...* A la vida empieza a faltarle la ilusión.

Mientras que el cristiano que sueña en encontrarse con Jesucristo para estar en su misma gloria, valora este mundo, ve que es transitorio, que pasa; se da cuenta de que no vale la pena encantarse ni entretenerse con las cosas que acaban..., y se dice una y mil veces: *¡Ven, Señor Jesús! ¡Cuándo me será dado el estar contigo!...*

Jesús le irá respondiendo con el mismo Apocalipsis y con el Evangelio de hoy:

* ¡Pronto, vengo muy pronto, y conmigo te traigo el premio!...

Entre tanto, haz Iglesia, únete estrechamente a tus hermanos, vivid unidos, como estamos unidos yo y mi Padre: ¡vivid en el amor!...

Un día tendrás mi gloria, pero ahora tienes ya mi gracia, porque te he comunicado la vida que yo recibo de mi Padre...

¡Vive siempre en mí, sin separarte de mí nunca por la culpa!... Vive conmigo, no como un vecino cercano, sino metiéndote en mí, como el hierro en la fragua, para convertirte en fuego divino... ¡Lleva dentro la hoguera del Espíritu, que yo te doy!...

Entonces disfrutarás bellamente de la vida y del mundo; pero el mundo y la vida te sabrán a poco, y soñarás siempre en otra vida y en otro mundo de felicidad inenarrable: una vida que ya no podrá morir y un mundo que ya no pasará, el mundo y la vida eternos que yo preparo y doy a los míos...*

Jesús, en su Ascensión, se va al Cielo, pero no se va por egoísmo ni para desentenderse de nosotros.

Se va, como Él mismo nos dice, para prepararnos un lugar. Lo vemos irse hacia las alturas, y nosotros, la Iglesia entera, le seguimos diciendo con las ansias del Apocalipsis: *¡Ven, Señor Jesús!...*